

CAPITULO LI.

Estalla la guerra civil entre Pizarro y Almagro.—Batalla de las Salinas.—Almagro queda prisionero de Pizarro.—Es condenado á muerte.—Su ejecucion.—Poder omnimodo de los Pizarros.—Conspiracion contra Francisco Pizarro y prision en España de su hermano Hernando.—Muerte de Francisco Pizarro.—El presidente la Gasca.—Sublevacion de Gonzalo Pizarro.—Terminan los desórdenes en el Perú.

Hemos preferido seguir la marcha de los acontecimientos en el Perú lo mismo que hicimos respecto á Méjico, adelantándonos á los sucesos ocurridos durante el mismo espacio en la Europa, al objeto de no dejar truncadas aquellas narraciones, y terminadas ya, reanudar la historia de los hechos que tuvieron lugar durante todo aquel tiempo en las distintas naciones que se relacionaban con la nuestra por efecto de la política seguida por el Emperador.

De este modo no tenemos que cansar al lector llevándole desde Europa á América á cada momento, y obligándole tal vez á repasar lo que anteriormente hubiese leído para poder enlazarlo con lo siguiente, lo cual sin duda de ningún género había de producir alguna confusión.

Hecha esta ligera advertencia respecto á la alteracion histórica que introducimos en la marcha de nuestra obra, proseguiremos la relacion de los sucesos del Perú desde el punto en que la dejamos en el capítulo anterior.

La actitud tomada por Almagro á consecuencia de sus recientes triunfos, no dejó de alarmar seriamente á Pizarro que comprendió todo el daño que podría resultar para los intereses de España en general y para los suyos particulares de una escision completa entre ellos.

Dispúsose, por lo tanto, para dominar aquella que juzgaba abierta rebelion, preparando sus fuerzas, mas antes quiso ver si amigablemente podía llegar á una transaccion.

Para este efecto envió una embajada al Cuzco, embajada que, recibida con frialdad por Almagro, hubo de regresar á Lima sin resultado satisfactorio.

Abandonada ya toda tentativa de arreglo y habiendo anunciado Almagro su propósito de dirigirse hácia la costa para establecer en ella una colonia y un puerto para asegurar la comunicacion independiente con Europa, Pizarro procuró solamente reunir las fuerzas necesarias para combatir á su rival.

Almagro, despues de derrotar al inca Mango, sufrió la decepcion de que se escaparan de su poder los hermanos de Pizarro, y aun cuando todavía conservaba junto á sí á Hernando, en virtud de nuevas negociaciones le puso en libertad, contra el parecer de varios oficiales, y especialmente de Orgoñez, que era su segundo.

Tan luego Pizarro vió á sus hermanos libres, manifestó á su antiguo compañero que la avenencia últimamente acordada quedaba rota, y dando el mando de su pequeña hueste á aquellos, lanzáronse sobre Almagro que, enfermo y achacoso, no pudo tomar parte activa en la batalla que se dió á corta distancia de Cuzco, en el Valle de Salinas.

El resultado fue desastroso para Almagro. Orgoñez habia tomado el mando de su ejército, y aun cuando peleó con bravura, solo pudo encontrar la muerte en el campo con otros muchos de sus soldados.

Los hermanos de Pizarro se apoderaron de Almagro, y cargándole de hierros le encerraron en la fortaleza de Cuzco, cuya ciudad fue tomada sin resistencia y saqueada por las tropas del gobernador.

Instruyóse inmediatamente el proceso contra Almagro, proceso en el cual declararon todos cuantos tenian algun resentimiento particular con aquel, que en semejantes momentos se olvidan los favores recibidos para no pensar más que en los agravios, y tantas y tales fueron las declaraciones y los cargos, que el proceso llegó á constar de mas de dos mil hojas.

Acusado de haber provocado la guerra contra la Corona, desposeyendo de la ciudad de Cuzco al gobernador nombrado por S. M., fue condenado á morir como traidor cortándosele la cabeza en la plaza pública.

Extraordinaria fue la sensacion que semejante sentencia produjo, presentándose á Hernando Pizarro, que era el jefe de las fuerzas que habia en Cuzco, varios oficiales, entre ellos Diego de Alvarado, el mismo que en otra ocasion habia influido con Almagro para que no hiciese morir á los hermanos Pizarro cuando los tenia prisioneros.

Mas no consiguió ni él ni cuantos por el antiguo compañero del gobernador se interesaron, evitar la ejecucion, modificándose esta únicamente en que habia de verificarse la muerte en la prision, como así tuvo lugar.

El anciano caudillo, en una entrevista que celebró con Hernando, le recordó cuanto por él y sus hermanos habia hecho, la amistad que con el gobernador le habia unido, pero fue inútil todo, los Pizarros deseaban vengarse, y no hubo consideracion alguna que les detuviese.

«Almagro en la época de su muerte, dice un historiador, no pasaba probablemente de setenta años de edad; pero es difícil fijar esta circunstancia con exactitud porque Almagro era expósito, y como tal la historia de su infancia está envuelta en la oscuridad. Tenia por naturaleza muchas cualidades escelentes, y sus defectos, que no eran pocos, estaban regularmente disculpados por las circunstancias de su situacion.

«Porque cuando se trata de calificar un varón, cuán atenuantes no son las circunstancias de *expósito*, sin padres, sin amigos, sin maestros que le dirigen en su infancia! pobre barquilla arrojada

en el océano de la vida y flotando entre rocas y escollos, sin un mano amiga, que se extienda para mostrarle el rumbo ó para salvarla.

«El nombre de expósito es una disculpa de muchas, de muchísimas faltas que se cometen en edad avanzada.»

Con la muerte de Almagro, Hernando Pizarro hizo recaer sobre su hermano Francisco la enemistad de todos los partidarios de aquel que fueron tratados con inaudito rigor y que desde entonces solo aspiraron á tomar la revancha.

Hernando Pizarro marchó á España donde á la sazón estaba Diego de Alvarado defendiendo los derechos del hijo que dejara Almagro, y su fausto, su opulencia, la ostentacion que hizo de las riquezas adquiridas en el Perú, causaron gran escándalo, siendo finalmente encarcelado, y pasando siete años en la prision de Medina del Campo.

Alvarado habia fallecido algun tiempo antes, y el verdadero peligro que pudo por entonces amenazar á Pizarro pareció desvanecerse.

Sin embargo, el mas próximo, el peligro real estaba en Lima, estaba en los antiguos soldados de Almagro que, heridos por la muerte de su jefe y porque habian sido despojados de sus riquezas, no podian perdonar ni perdonaban al causante de su desgracia.

La corte, sin atreverse á proceder de ligero en los graves sucesos que habian ocurrido en el Perú, decidió enviar á este país al licenciado Vaca de Castro en calidad de comisario régio para que se hiciese cargo del verdadero estado de aquellos negocios.

Poco antes de que llegase, habiase formado ya en Lima una conjuracion, á cuyo frente estaba Juan de Rada, antiguo compañero de Almagro, y que entonces estaba al lado del hijo de este, cuyo objeto era asesinar á Pizarro.

El domingo 26 de junio de 1541, á los gritos de *viva el Rey y muera el tirano*, los conjurados, en número de diez y ocho, penetraron en la casa de Pizarro donde este se encontraba con varios amigos.

A la noticia del tumulto escaparon algunos, y aun cuando con varios de sus servidores trató Pizarro de defenderse, fue muerto al fin, apoderándose del mando de la ciudad los partidarios de Almagro.

La falta de tacto que Pizarro habia mostrado respecto á estos, su tiranía y los atropellos cometidos tanto por él como por sus hermanos, habian conseguido que se le temiese pero que no se le amase, y por lo tanto, su muerte fue poco sentida, aunque en Lima, como que era su ciudad predilecta y por cuyo interés y prosperidad tanto se desvelara, era donde tenia mayor número de amigos.

Vaca de Castro que, despues de una penosa travesía habia conseguido llegar al Perú, exhibió inmediatamente que supo la muerte de Pizarro la cédula del Monarca que á prevencion traía para sí llegaba aquel caso, por la cual se le confería el mando general.

Muchos de los antiguos oficiales de Pizarro se le unieron con sus tropas, y la mayoría de las poblaciones le reconocieron, pero el joven Almagro, saliendo de Lima, se dirigió á Cuzco, donde reforzó su ejército preparándose para el combate, pues hartos sabian, lo mismo él que sus partidarios, que su accion era de aquellas que no tenia otro camino mas que el de morir ó vencer.

Entablada la lucha, no le fue favorable esta. Vaca de Castro, que habia sabido ponerse á la altura de las circunstancias trasformándose de legista en general, despues de varias escaramuzas cayó con el grueso de sus fuerzas sobre las de su contrario, destrozándolas y quedando prisionero este, así como otros varios de sus oficiales.

El joven Almagro sufrió la misma suerte de su padre, siendo además condenados á muerte cuarenta de sus compañeros y á destierro treinta, varios con la pérdida de algun miembro.

Restablecida la tranquilidad en el vasto territorio peruano, Vaca de Castro dedicóse á fomentar los intereses del país, á organizar la administracion, y á ordenar algunas expediciones lejanas con objeto de entretener á varios de aquellos ambiciosos y turbulentos soldados.

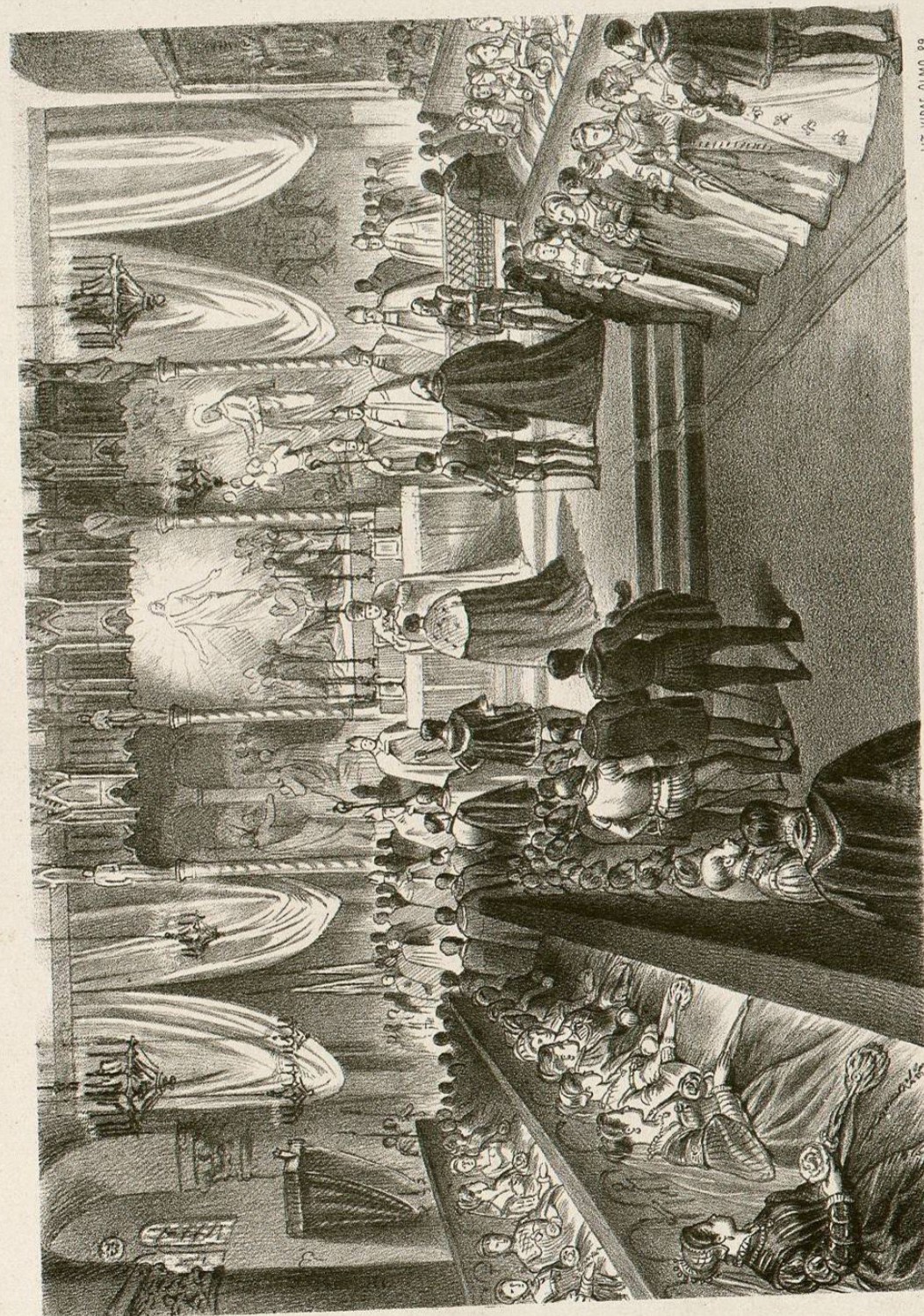
Sucedióle en el gobierno Blasco Nuñez Vela, y durante su tiempo, Gonzalo Pizarro, de vuelta de su expedicion al rio de las Amazonas, ó sea, al *Dorado*, que nada le habia producido mas que desdichas, levantó el estandarte de la insurreccion poniéndose frente á la autoridad real.

Su resultado fue desdichado para él, aun cuando al principio obtuvo grandes ventajas apoderándose de Lima y estableciéndose en ella.

La llegada al Perú del sagaz, inflexible y virtuoso sacerdote don Pedro de la Gasca fue el golpe mortal para Gonzalo.

Presidente de la audiencia de Lima con poderes amplos para apaciguar todos los desórdenes de aquel país, la Gasca supo obrar con tan acertado tino, que poco á poco fue apoderándose de los elementos que constituian la principal fuerza del rebelde caballero, ganóse todas las simpatías, y cuando no pudo pasar por otro punto, combatió por medio de las armas, le venció y le hizo decapitar.

Con esto quedaron pacificadas aquellas regiones, la administracion pública se organizó, y empezó á tomar una forma mas regular y perfecta.



CORONACION DE CARLOS COMO REY DE LOMBARDIA.

CAPITULO LII.

Llegada del Emperador á Italia.—Favorable acogida que obtiene.—La paz general.—Coronacion del Emperador como rey de Lombardia y emperador de Romanos.—Restablecimiento de los Médicis en Florencia.—Triunfos de Soliman en Hungría.—El Emperador se dispone á combatirle.—Se retira Soliman.—Dieta de Augsburgo.

TÓCANOS ahora retroceder al momento en que dejamos suspenso nuestro relato de los hechos ocurridos en Europa, para seguir la marcha de los esforzados capitanes que en el Nuevo Mundo adquirian para España ricos y dilatados imperios.

Condensados los hechos mas culminantes de aquellas conquistas en los capítulos anteriores, volvemos á seguir nuestra relacion desde el momento en que celebrado el famoso tratado de Cambray llamado de las *Damas*, se embarcó el Emperador en Barcelona, haciendo rumbo para Italia, donde tan necesaria era su presencia.

El día 12 de agosto de 1529 desembarcó en Génova, siendo recibido con el mayor entusiasmo como protector de aquella república.

Todos los estados italianos, á excepcion de Venecia y Florencia, apresuráronse á enviar sus embajadores para saludar á Carlos, y este desde los primeros momentos ganó sus simpatías.

Su afabilidad, su agradable aspecto y la majestad que resplandecía en sus acciones, venció todas las preocupaciones y todas las animosidades, del mismo modo que sus armas las habian vencido en los campos de batalla.

Manifestóse el Emperador que como su propósito era reunir todas las armas de la cristiandad para combatir al turco, estaba decidido á conseguir una paz general que permitiera aunar todos los esfuerzos particulares contra aquel comun enemigo, que era tan amenazador para el cristianismo como los mismos herejes.

El famoso Antonio de Leiva excitábale para que prosiguiese la guerra, ya que en tan favorables condiciones se hallaba para ello, mas de igual modo que á los embajadores significó su inquebrantable resolucion.

Venecia, abandonada por la Francia, apresuróse á celebrar la paz con el Emperador, y el duque Sforza encontró perfecta acogida en sus representaciones respecto al ducado de Milan.

Realizado esto, «partió Carlos de Plasencia, é hizo su entrada en Bolonia (octubre) con una pompa verdaderamente imperial, marchando debajo de un riquísimo pálio de oro, que llevaban los doctores de aquella célebre Universidad, vestidos de rozagantes ropas de seda; recibiéronle el obispo, el clero, el senado, los magistrados, toda la nobleza y juventud de Bolonia, con trajes de gran gala; condujéronle procesionalmente hasta la Catedral, á cuya puerta se habia erigido un estrado riquísimamente tapizado, en cuyas gradas se hallaban sentados los cardenales y obispos, que eran muchos, y en la parte superior el papa Clemente, vestido de pontifical y con la tiara en la cabeza. Los cardenales iban dando el brazo al Emperador para subir al tablado. Todas las miradas de aquella brillante concurrencia se fijaron en los dos esclarecidos personajes que, por primera vez, se reunian en aquel momento solemne. Llenáronse todos de asombro cuando vieron al poderoso jefe del imperio doblar la rodilla y besar con religiosa humildad el pie del soberano Pontífice, á quien poco tiempo hacia habia tenido aprisionado, y al Jefe de la Cristiandad levantar amorosamente al Emperador y darle paz en el rostro. La escena era sublime y maravillosa. Cruzáronse entre los dos mas excelsos príncipes de la tierra palabras afectuosas y corteses, y se despidieron para verse luego y tratar por espacio de muchos dias de negocios interesantes á la Cristiandad y á la suerte de las naciones.»

El duque Sforza llegó á Bolonia, en virtud de un salvo-conducto que le envió el Emperador, segun áquel habia pretendido, y este desde los primeros momentos mostróse con él muy deferente, concediéndole la investidura del ducado de Milan, con la mano de su sobrina, la hija del rey de Dinamarca.

En 29 de diciembre de 1529 quedó concluido el tratado de paz mas general que hasta entonces se hiciera, firmándole además de España y todos los demás estados que constituian el vasto imperio de Carlos, Roma, Francia é Inglaterra, Escocia, Portugal, Hungría, Bohemia, Polonia, Dinamarca, Venecia, Génova, Siena, Luca, Milan, Ferrara y todos los cantones suizos que eran católicos, para cuyo efecto habia representantes ó soberanos de todos estos puntos reunidos en Bolonia.

Importante fue este acontecimiento, siguiéndole inmediatamente otro no menos grande tambien, cual fue el de la coronacion del Emperador como rey de Lombardia y emperador de Romanos.

Este acto tuvo lugar en 24 de febrero de 1530, dia del cumpleaños de Carlos, celebrándose con una pompa y una magnificencia superiores á cuanto hasta entonces se viera.

Segun hemos podido ver en la enumeracion que hemos hecho de los estados que tomaron parte en la paz general que acabamos de indicar, Florencia estaba excluida por completo de ella, una vez que se habia opuesto á lo acordado entre el Pontífice y el Emperador en el tratado de Barcelona, que era el restablecimiento de los Médicis.

Tanto por esta razon cuanto por el apoyo que habia prestado á Lautrec anteriormente, decidióse por el Emperador reducirla por fuerza de armas, y en su consecuencia, veinte mil italianos y diez mil españoles y alemanes bajo el mando de Filiberto de Chalons, príncipe de Orange y del marqués del Vasto penetraron en el territorio florentino, y fueron á poner sitio á la capital.

Pertinaz y heroica fue la defensa que por espacio de muchos meses hicieron los florentinos, empeñando en mas de una ocasion desesperados combates con los sitiadores, en uno de los cuales perdió la vida el mismo príncipe de Orange, mas al fin se vieron obligados á capitular en agosto de 1530, dejando al arbitrio del Emperador la forma en que habian de regirse.

Este abolió desde luego la republicana, y conforme á lo tratado en Barcelona, se confirió al sobrino del Pontífice, Alejandro de Médicis, el título de duque perpétuo de Florencia.

Con esto quedó establecida la paz general en los estados cristianos y pudieron dedicarse todos los esfuerzos á atacar á los turcos, cuyos progresos envolvian una amenaza y un peligro terribles para los cristianos.

Habiase aliado Soliman con Juan Zapoly, Waiwode de Transilvania, que habia disputado á Fernando de Austria las coronas de Hungría y de Bohemia, y merced al poderoso ejército de que disponia, consiguió establecer un círculo de hierro alrededor de Viena.

Sin embargo, dentro de esta habian conseguido penetrar varios españoles y alemanes, y de tal modo supieron resistir los veinte asaltos que dieron los turcos, que Soliman se vió obligado á levantar el cerco, rompiendo todos los puentes en su retirada, y degollando á los prisioneros que habia hecho.

En Buda coronó á Zapoly, mientras que sus soldados llevaban cautivos á diez mil húngaros, que habian sido apresados cuando se entregaban á las fiestas de Navidad.

Habian sabido aprovecharse de las contiendas religiosas en que se hallaba envuelta la Alemania, y merced á ellas habian hecho tan rápidos progresos.

A evitar este mal se dedicó Carlos tan luego pudo ver restablecida la paz, á costa del abatimiento de Francia, y para atender, como era necesario, á dominar la reforma se dirigió á Inspruck, desde donde, reunido con su hermano D. Fernando, marchó á la ciudad de Augsburgo, en cuyo punto habia de reunirse la Dieta imperial.

En Spira habiase convocado el año anterior otra dieta provisional al objeto de atajar los progresos de la herejía, mas tanto lo mucho que esta habia adelantado, cuanto el estado de agitacion en que todo el país se hallaba, fueron causas que influyeron notablemente para la moderacion con que procedió.

Los príncipes católicos hicieron una proposicion verdaderamente aceptable, siendo los principales artículos de ella, que los estados que hasta entonces observaron el edicto de Worms, continuarían observándole de igual manera para lo sucesivo, pero los demás se atenderian á las nuevas doctrinas hasta la reunion del concilio general.

Sin embargo, se prohibia la predicacion pública contra el sacramento del altar, la misa no se aboliria, y en el caso de que se prohibiese en público no podria impedirse á nadie el decirlo ni oírlo en oratorios ó capillas privadas.

Semejante proposicion fue aprobada, como no podia menos de serlo dado el espíritu equitativo que encerraba, por pluralidad de votos, mas el elector de Sajonia, el marqués de Brandeburgo, el landgrave de Hesse, los duques de Luxemburgo y el príncipe de Anhalt lo mismo que los diputados de las trece ciudades libres, protestaron contra este decreto, considerándole injusto, y calificándole de impio, naciendo de esta protesta la denominacion de *protestantes* con que despues se han conocido las sectas separadas de la Iglesia católica.

La entrada del Emperador en Augsburgo tuvo lugar con una pompa extraordinaria, haciendo suponer el estado general de los ánimos que podria tener una solucion favorable aquel asunto, aun cuando los príncipes reformistas se negaron resueltamente á asistir á la procesion del Corpus que tuvo lugar al siguiente dia de la llegada de Carlos.

Pero todas las esperanzas de una concordia pronta y duradera se extinguieron muy pronto.

Apenas se abrió la Dieta, los príncipes protestantes, á quienes ya debemos calificar así, presentaron su profesion de fe, la cual estaba redactada por Melancton, y era, como muy fácilmente puede comprenderse, la síntesis de sus creencias y la manifestacion de todos los abusos que trataba de conseguir.

Esta profesion de fe, conocida despues bajo la denominacion de *Confesion de Augsburgo*, condensaba, aun cuando bastante modificados ya, todos los principios de las doctrinas de Lutero.

Se condenaban en ella la comunión en una especie, las misas privadas, el celibato, los votos monásticos, la distincion en las comidas, la confesion auricular y el gobierno eclesiástico.

Tambien se dejaban entrever en ella, á pesar de cuantas modificaciones se habian hecho, varios de los errores del heresiarca, sobre el pecado original, sobre la justificacion por la fe sola, sobre el libre albedrío y las buenas obras, sobre el culto y la invocacion de los santos y sobre la presencia de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía, y otros de no menor importancia para producir graves alteraciones en lo sucesivo.



J. SERA LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, SA.

SOLIMAN II

Riera, Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.